

escuela de Yasnaia Poliana; ahí no hay castigos ni recompensas, ahí el interés no existe, sino que la libertad y el amor lo son todo; él es al mismo tiempo padre, maestro y amigo del enjambre de chicos de diferentes edades y de distintos sexos que, frescos, alegres y juguetones, frecuentan la escuela ávidos de oír la palabra siempre dulce, siempre insinuante del anciano maestro.

Como Jesús, comprendé que en el pueblo, sencillo, plástico y sincero, sus ideas encontrarían campo más propicio para su germinación y á él se dirige preferentemente; los campesinos y los mineros son sus mejores amigos. ¡Cómo le quieren los humildes y cómo le odian los grandes!, porque la palabra de Tolstoi, dulce como música de violines cuando consuela á la viuda ó alienta al obrero, es ruido de huracán cuando fustiga las espaldas de los tiranos y los perversos.

El absolutismo ruso quiso oponer diques á la obra de Tolstoi; pero vano fué su empeño. El hambre, las marchas forzadas, el Knut no le inspiraban miedo, pues á todas esas pruebas se había sometido desde su infancia.

De buen grado la intransigencia moscovita hubiera hecho con Tolstoi lo que la intransigencia judía hizo con Jesús. Pero al fin, los tiempos son otros.

Tolstoi debe haber muerto satisfecho de su obra; el edificio de la autocracia rusa está agujereado; su completa ruina es obra del tiempo y de la perseverancia. El, como Jesús, deja una Biblia donde inspirarse los enamorados del bien y la libertad; la Biblia de Tolstoi se compone de dos tomos: *Ana Karenina* y *La paz y la guerra*.

Descanse tranquilo el Cristo Moderno. ¡Los soberbios están de plácemes, los humildes de duelo!

SOLÓN NÚÑEZ

## Las leyes se van

La gran revolución de nuestra época consiste en que las leyes han perdido su imperio. Si se habla de la majestad de la ley, como si fuese una diosa descendida de un mundo superior, la gente lo escucha incrédula porque sabe ya que la ley es de origen humano, como la religión, y que, como ésta, ha pasado por transformaciones análogas. Se tiene por averiguado que los siglos que fueron han legado al presente tanto sus leyes como sus supersticiones, y esa vieja herencia, celta, ibera, judía ó romana, franca, sueva ó visigoda, no es para nosotros más que un resumen de todas las opresiones antiguas. Así como comparando las religiones se ha demostrado que procedían todas de un mismo origen quimérico, la legislación comparada nos ha convencido de que las leyes, confeccionadas por los fuertes contra los débiles, han sido siempre una agravación de la injusticia. ¿No es un capricho, no es una

maldad, no es una infamia que hayan sido erigidas en artículos de ley las injusticias que nos rodean? En todas las revoluciones son siempre los amos y los sacerdotes los que han resistido á las rebeldías de la equidad.

Actualmente es tan grande la diferencia entre las leyes y las concepciones modernas de la justicia, que los jueces mismos, investidos de la magistratura y encargados de pronunciar veredictos de culpabilidad ó de inocencia contra un reo, se ven obligados no pocas veces á ponerse en contradicción con la ley para obedecer á su sentimiento de equidad. Los jueces, para salvar una cabeza que la justicia histórica reclama, niegan tranquilamente un acto que están seguros de haberse cometido. Que el juez se dé cuenta de ello ó que obedezca simplemente á su conciencia, no significa que sea menos verdad el que las leyes resultan por sí mismas embarazosas y son una tra-